

penetrar en un determinado campo de la cultura catalana, en el que se movió cómodamente.

Quedaría aún el tercero y, a mi modo de ver, más importante capítulo de esta historia: el decidido interés de Lorca por el pueblo catalán, sus recitales en el Ateneo Enciclopédico barcelonés, su presencia ante los auditorios populares, su amor a la humanidad de la Rambla, su verdadera amistad con muchos intelectuales —grandes y pequeños— de la ciudad, su decisión de escribir en catalán. La entrega que, en su Granada, hace de las páginas de "El Gallo" a los escritores barceloneses —que le enviaron diversos trabajos— es algo verdaderamente ejemplar frente a las jerarquizaciones de nuestro centralismo. De Cataluña llega, pues, parte de esa carga que ha hecho de "El Gallo" la publicación más escandalosa en el ámbito de la cultura putrefacta de Granada. Paralelamente, Cataluña le da a Federico la comprensión —basta cotejar las críticas madrileñas de "Yerma", insultantes en más de un caso, con las muy cordiales que la prensa barcelonesa dedica poco después a la misma obra— y el estímulo que en tantas partes se le regatea. El hecho de que fuera en la galería Dalmau, de Barcelona, en 1927, a raíz de estrenar la Xirgu "Mariana Pineda", donde Federico presentase su primera exposición de dibujos, no deja de ser otro dato expresivo de la hospitalidad intelectual que el granadino encontró siempre en Cataluña. ■ J. M.

Antonio Espina: Voltaire en su siglo

"Casi todos los franceses pensaban como Bossuet. De pronto piensan como Voltaire. Es la revolución, escribió Paul Hazard a propósito de los años finales del siglo XVIII. Aunque el proceso no fuera tan repentino, hay mucho de certero en esta contraposición Bossuet-Voltaire; entre el obispo sacralizador del absolutismo monárquico ("poder sagrado, paternal y absolu-



Antonio Espina.

to") y el hombre de letras anticlerical y cuestionador, que llenará con su personalidad y con su obra buena parte de ese siglo XVIII.

"Voltaire y el siglo XVIII" se ha titulado ahora un viejo texto de Antonio Espina, rescatado por manos amigas y editado por Júcar (1), siguiendo en su título una tradición muy asentada en Francia y fuera de ella (2) y que hizo exclamar a Víctor Cousin: "El verdadero rey del siglo XVIII fue Voltaire". Esta edición se une a las no escasas lanzadas en España con obras de Voltaire o sobre Voltaire (3).

Espina considera a Voltaire el hombre más representativo del siglo XVIII. Y dice: "De su herencia vive la cultura moderna en lo que mejor tiene, y alienta en ella lo que no puede morir, a pesar de transitorios desmayos: la conciencia liberal". Mucho tuvo, en efecto, de con-



Voltaire.

ciencia y así lo ha señalado Fernando Savater recientemente (TRIUNFO, número 676), al compararle al Zola del "affaire" Dreyfus o al Russell del Vietnam; y ello le llevó a ser apaleado, encarcelado, exiliado y huido. Esto casi al tiempo de una vida que si llegó a ser la de filósofo cortesano, nunca cayó en la de bufón real. Así, por ejemplo, a pesar de su amistad y admiración por Federico II de Prusia, no dudó en atacarlo cuando lo estimó necesario...

Cultivador de casi todos los géneros, Espina cree que Voltaire puede ser considerado como el primer historiador moderno y así lo ratifica Paulino Garagorri en el prólogo a una de las recientes ediciones de cuentos de Voltaire (en Alianza Editorial, 513), con traducción precisamente de Antonio Espina.

No es cosa aquí de insistir más sobre la personalidad de Voltaire y sí la de terminar recordando la olvidada de nuestro Antonio Espina, muerto en el olvido hace ahora cuatro años y del que escribiera Juan Ramón: "Parece que Espina reja, anima, sopla, vuela la flor mustia que Figaro dejó entre las hojas secas de la enciclopedia" (4). ■ VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO.

(1) Sobre Antonio Espina, ver TRIUNFO, número 492, necrológica de José Luis Cano; y 546: "En memoria de Antonio Espina", de José Antonio Gómez Marín. El texto de Juan Ramón Jiménez pertenece a "Españoles de tres mundos".

CANCION

La poesía y su pueblo

Ramón Muntaner cantó en el teatro Romea el pasado día 4. El teatro estaba lleno hasta los topes, y una cola de jovencísimos catalanes tuvieron que regresar a sus casas sin poder entrar. Muntaner tenía que cantar antes en el Romea, pero el teatro de la calle de l'Hospital se incendió y su recital fue aplazado. Hay quien dice si Muntaner es gafe, porque se incendian los teatros donde canta y se hunden los entoldados de las fiestas mayores que le contratan. Quizá es más gafe moral, porque le han prohibido nueve canciones de las previstas. Pero no hay que tomarlo demasiado a pecho: quizá todos somos gafes, quizá el pueblo catalán lleva ya demasiados años siendo gafe. El público estaba dispuesto a todo, a gritar, hasta producir una especie de afonía colectiva, aquello de *Amnistia, llibertat, estatut d'autonomia*, para ver si se enteran de una vez, y los recitales de canción se convierten en simples recitales de canción y gente como Solé Tura pueda preparar sus oposiciones, Jordi Carbonell irse a Caller a dar sus clases, Josep Benet acabar sus libros, Semir dedicarse a su despacho y así tantos que, por ahora, lo representan todo en este pueblo que tan fácilmente se identifica con sus cantantes, con sus poetas y con sus políticos. Resulta curioso el hecho de que hoy todo, absolutamente todo, va ligado a esa necesidad fisiológica de despertar de una vez.

También surgieron banderas catalanas y las pequeñas luces que vibraban con los gritos de *amnistia y Fora censura!* Pero en orden, el perfecto orden de los que están deseosos de garan-

(1) El texto de Espina apareció por vez primera como estudio previo a la edición de novelas y cuentos de Voltaire publicada por la Biblioteca de Cultura Básica de la Universidad de Puerto Rico, con traducción del propio Espina (México, 1956, Talleres Gráficos La Nación).

(2) Por ejemplo: G. Desnoiresterres: "Voltaire et la société française au XVIII^e siècle", 1867-1876; o la más cercana "La edad de Voltaire", de Will y Ariel Durand, Editorial Sudamericana, 1973.

(3) "Voltaire según Voltaire", René Pomeau, Lata, 1973. "Voltaire", Carlos Pujol, Editorial Planeta, 1973. Las diversas ediciones de "Cándido", en Alianza, Ciencia Nueva (versión del abate Marchena), Edaf, Mundilibro, Mateu... "El ingenio", en Ediciones de Centro, Júcar, Barcino, Gorg...



Ramón Muntaner

tizarse su propia paz, su deseada e intransferible paz. Ramón Muntaner es un cantante que no sólo se compromete él con sus canciones, sino que enzarza en este compromiso a los poetas catalanes. Así, nueve fueron los poetas prohibidos. Y la mancha de aceite de lo prohibido se extiende en un país en donde todos podemos ser carne de prohibición. Ramón Muntaner contribuye a la popularización de la literatura catalana, a acortar la zanja que hoy existe entre cultura y pueblo. Eso está claro: una misma poesía puede ser elitista si se reduce a ser publicada en una colección de escasa tirada, o "popular" si la sabes convertir en canción. Aunque la letra resulte difícil. Por ejemplo, gracias a que Muntaner ha cantado la **Decapitació** número doce de Pere Quart, la gente ya puede saber que **relapse**, una palabra catalana difícil, quiere decir "no tropezar dos veces con la misma piedra". De alguna manera lo que hace Muntaner es retornar al pueblo lo que, de **per se**, ya era suyo. Y la lengua, su riqueza, siempre ha sido del pueblo. También lo ha hecho Raimon con Ausias March, Maria del Mar Bonet con Rosselló-Porcel y pronto lo veremos con la adaptación que ha hecho Guillermina Motta del

gran poeta, muerto en el exilio, Josep Carner.

Me parece que Ramón Muntaner es un cantante que aún tiene que madurar: sobre todo la tesitura de su voz. Pero atrae su persona, da la impresión de ser un hombre limpio y claro. En el Romea veía yo a un muchacho de tez blanca con el pelo rizado y unos ojos que traducían vivamente lo que a veces no sabía decir con las palabras. El hijo de un mecánico de Cornellá tiene algún buen amigo poeta, como Ramón Pinyol, también de Cornellá, que le ha ido adentrando en la poesía catalana, en la poesía desterrada de nuestras aulas durante tantos años. Me pareció raro, de tan hermoso, ver cómo muchachos y muchachas menores de veinte años coreaban la **Salve** del poeta gerundense Miquel de Palol. Daba igual que no supieran quién era Miquel de Palol, lo importante era que sus palabras encontraban un eco en la joven catalanidad que se agolpaba en el gallinero del Romea. Otros poetas fueron desfilando a través de las canciones de Ramón Muntaner: Batria, Pere Quart, Espriu, Martí Pol, el poeta enfermo de Roda de Ter, Paláu Fabra, Salvat-Papasseit, Joan Oller, Félix Cucurull, Miquel Descot... Los prohibidos fueron, a su vez, Pere Quart, Ventura Gassol, que todavía no ha regresado a

Cataluña; Coloma Lleial y Josep Robrenyo. Resulta que Josep Robrenyo fue un poeta liberal que murió el siglo pasado, pero todavía es peligroso: la canción de Robrenyo que Muntaner tenía que cantar es su **Proclama feta durant la guerra de la independència**, un poema que en el fondo y en la superficie es muy patriótico porque va contra la invasión de Napoleón, pero los señores de la censura, susceptibles, temieron que a Muntaner se le escapara el decir Borbón en lugar de Napoleón. El poema prohibido de Pere Quart es muy significativo, se trata de la **Cançó de carrer**, canción que da título al **long play** de Muntaner, aprobado por la censura. El poema empieza así:

*Quan tindrè cinquanta anys
No vull ésser com el pare
Cansat i sense fe... (1).*

De buen seguro que esa canción la habrían coreado los del público, la mayoría con padres de cincuenta años, padres cansados y sin fe. Cuando se acabó el recital de Muntaner vi a Pi de la Serra que aplaudía de pie. Luego me contó que va a ir a Madrid, el día 20, al Monumental. Le han prohibido cinco canciones, entre las cuales está **El burro i l'àguila reial**. Algún día los historiadores van a dar, supongo, alguna explicación plausible a tanta prohibición... En catalán tenemos un refrán que dice: "qui té cua de palla s'encen", que debe de significar algo así como "cuando el gallo canta por algo será". A Raimon le han prohibido, en el recital del Pabellón de Deportes del Real Madrid, una canción: **D'un raig encés**, una canción dedicada a Joan Miró, el catalán del año según los Premios Mundo. Muntaner cantó, también, un poema de Espriu que fue coreado: "Que sàpiga Sepharad que no podrem mai ser/sí no som lliures./I cridi la veu de tot el poble: Amén" (2). Alguien, en lugar de corear el último amén gritó la palabra **amnistia**. ■ **MONTSERRAT ROIG**. Foto: P. AYMERICH.

(1) Cuando tenga cincuenta años. /No quiero ser como mi padre. /Cansado y sin fe...

(2) Que sepa Sepharad que nunca podremos ser/de no ser libres. /Y grite la voz de todo el pueblo: Amén.

FLAMENCO

Manolo Sanlúcar

Manolo Sanlúcar figura desde hace tiempo entre los guitarristas serios de nuestros días. Invoquemos la lista en cuya tradición quiere cobijarse: Javier Molina, Miguel Barrull, Manolo el de Huelva, Ramón Montoya, Niño Ricardo, Diego el Gastero y Alberto Vélez. Aunque a menudo ha acompañado a grandes cantaores, Manolo tiene pasión de concertista, es decir, de persona que quiere afrontar su propia expresión vivencial utilizando la guitarra como único instrumento.

Es obvio a lo que obliga un empeño así. Primero hay que conocer a fondo la música flamenca, luego hay que ser un gran músico y, en definitiva, y para que exista una auténtica poética, hay que tener una intuición precisa sobre las raíces populares de ese modo de entender la guitarra. Sólo así cabe el **Concierto Flamenco** —según titulaba el suyo Manolo—, a la vez personalísimo y asentado en una tradición, manifestación singularísima del concertista y revelación de la cultura popular andaluza.

Manolo Sanlúcar ha dado ya muchos conciertos. En España y fuera. Y ha grabado bastantes discos. Sin embargo, quizá sea ahora cuando comienza a estar "arriba" y a ser su guitarra un estilo y una sensibilidad que una creciente mayoría logran identificar. Sus dos conciertos en el Real marcan lo que, en lenguaje de otra época, se hubiera llamado su "consagración". Porque, además de tocar muy bien, llenó el solemníssimo local de un público mayoritariamente joven, que manifestó con frecuencia su entusiasmo a lo largo de la noche.